

Córdoba, Enero 2012

Como decía Rosales en su *Casa Encendida* (2010, p. 38) “(...) *El dolor es un largo viaje que nos acerca siempre, que nos conduce hacia el país donde todos los hombres son iguales. (...) El dolor es un don porque nadie regresa del dolor y permanece siendo el mismo hombre*”.

No puedo sentir sino escalofríos con las resonancias que estos versos de Rosales provocan en mí cada vez que me los repito. El dolor.. cómo duele!, pero cómo engrandece al ser humano si acepta tomar el desafío que guarda dentro de sí!...

“Bendito dolor, que me recuerdas quien no soy!” me digo.

El fragmento biográfico que es este libro, cuenta desde distintas posiciones el proceso simbólico de “morir antes de morir” que tuve que permitirme vivir como única vía para aliviar un dolor con origen incierto pero no por ello sin insidia, que desde casi siempre me acompañó. Este pasaje psicológico consistió básicamente en la ruptura de toda ilusión de naturaleza objetiva de “ser humano” que hasta entonces conformaba mi sentido de la “identidad, para ir dando luz al entramado pretendidamente esencialista por donde se filtra la norma hasta alcanzar a comprender vívidamente el carácter creativo del Yo en tanto que fenómeno propio de una subjetividad y por tanto, de una suma continua de experiencias.

Lo más curioso fue que al mirar desde esta nueva atalaya, el sufrimiento y el dolor, no se me aparecieron como entidades clínicas sino como el resultado de la relación de un ser profundamente humano con un poder que, asumido acriticamente a la manera de una sustancia o energía propia, acaba vaciándole para después incorporársele y funcionar como un código moral que le sobrecarga con responsabilidades y culpas ficticias.

De esta forma, adquirir el estatus de normalidad nos cuesta el irreparable precio de vivir enajenados de nosotros mismos. Expulsados del Jardín de nuestra propia existencia, el individuo dual cartesiano de nuestra cultura ha quedado huérfano e indefenso ante el imperativo del poder, ha quedado abandonado en mitad de la perversión existencial de la lucha continua por la supervivencia hacia la conquista de esa identidad “normativa” que le proporcione sosiego existencial... y es que, en virtud de las nuevas y sofisticadas tecnologías de la verdad, nos creemos libres siendo esclavos, autónomos siendo sometidos, creativos siendo acríticos, productivos siendo consumidores...

Pero el ser humano es hermoso, es poderoso, es grande. Todo ser humano tiene dentro de sí pendiente la tarea de reparar su mismidad escindida y colonizada. Para ello debemos recuperar los modos legítimos de cuestionarnos. Como el ser primitivo, el chamán, el mago, el artista, el poeta, el héroe, el insensato, el loco, el desviado, debemos

volver a la unicidad sagrada de nuestra identidad. Porque el camino para llegar al ser está dentro de nosotros, cuidémonos y pensémonos ligados al cosmos, en continuo contacto con los Dioses, en una continua permeabilidad entre sustancias. Vivamos desde la encarnación del ser-sujeto mitológico, hombre híbrido, frontera entre el cielo y la tierra, posicionado entre la vida cotidiana y el mundo sobrenatural, entre la conciencia y la naturaleza ...

Porque entre este denso entramado del sufrimiento como dolor estéril, entra la luz. La luz como latido. El latido, como palabra con sentido. El sentido, como manifestación del ser que se expresa. La expresión, como puente entre lo divino y lo humano. Lo cuasi divino/humano como encuentro. El encuentro, como comunión a partir de la que dos seres se reconocen, se mezclan y nunca acaban siendo de la misma forma en que llegaron... La comunión como cura. Luego la cura, como sufrimiento con sentido.

Querido lector, ojalá que el dolor que rezuman estas páginas penetre suavemente en tu dolor y lo enternezca y le ampare en su pulir, como lo hizo con el mío. Ojalá que nos encontremos en el dolor... nuestro mejor maestro: El arcano cuya raíz brota de la tierra transfigurándose en ave.